El Rey León:
El tesoro de Simba



Disney

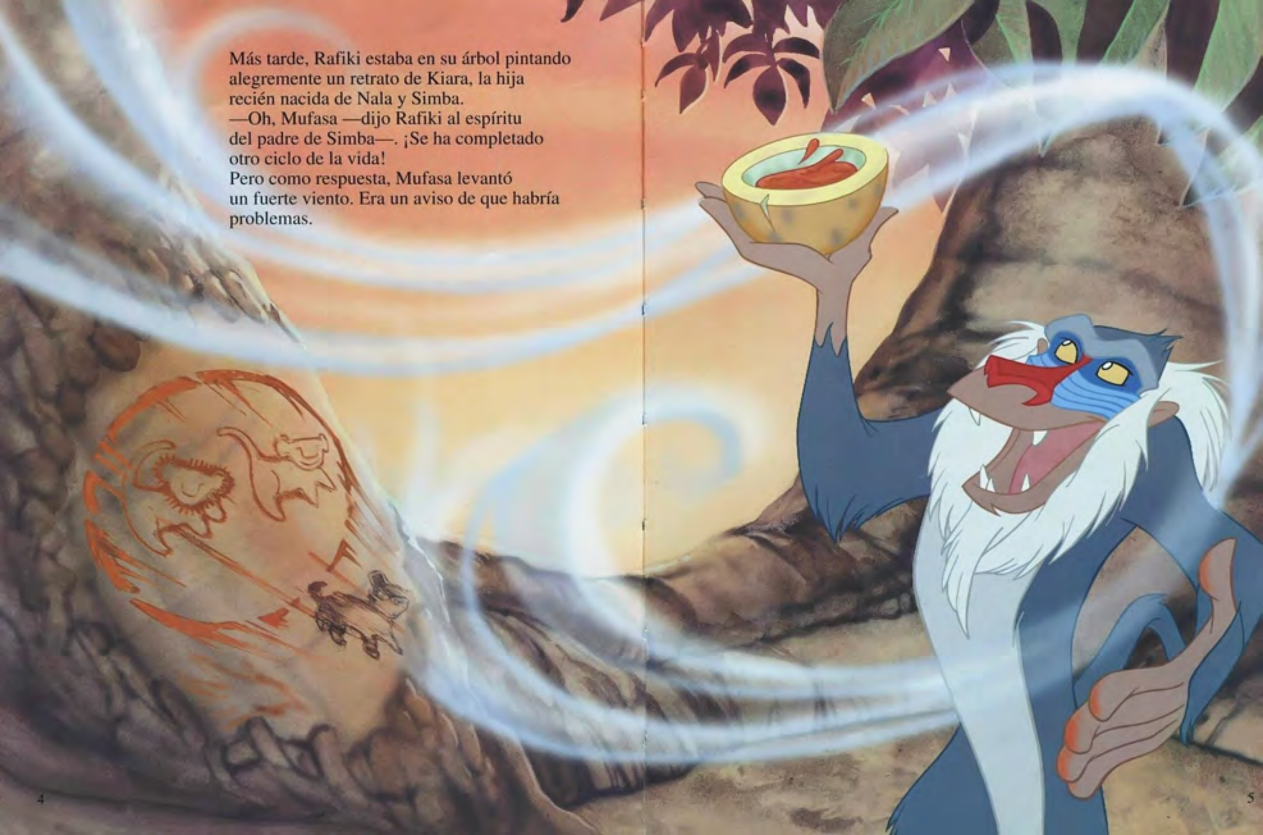
El tesoro de Simba



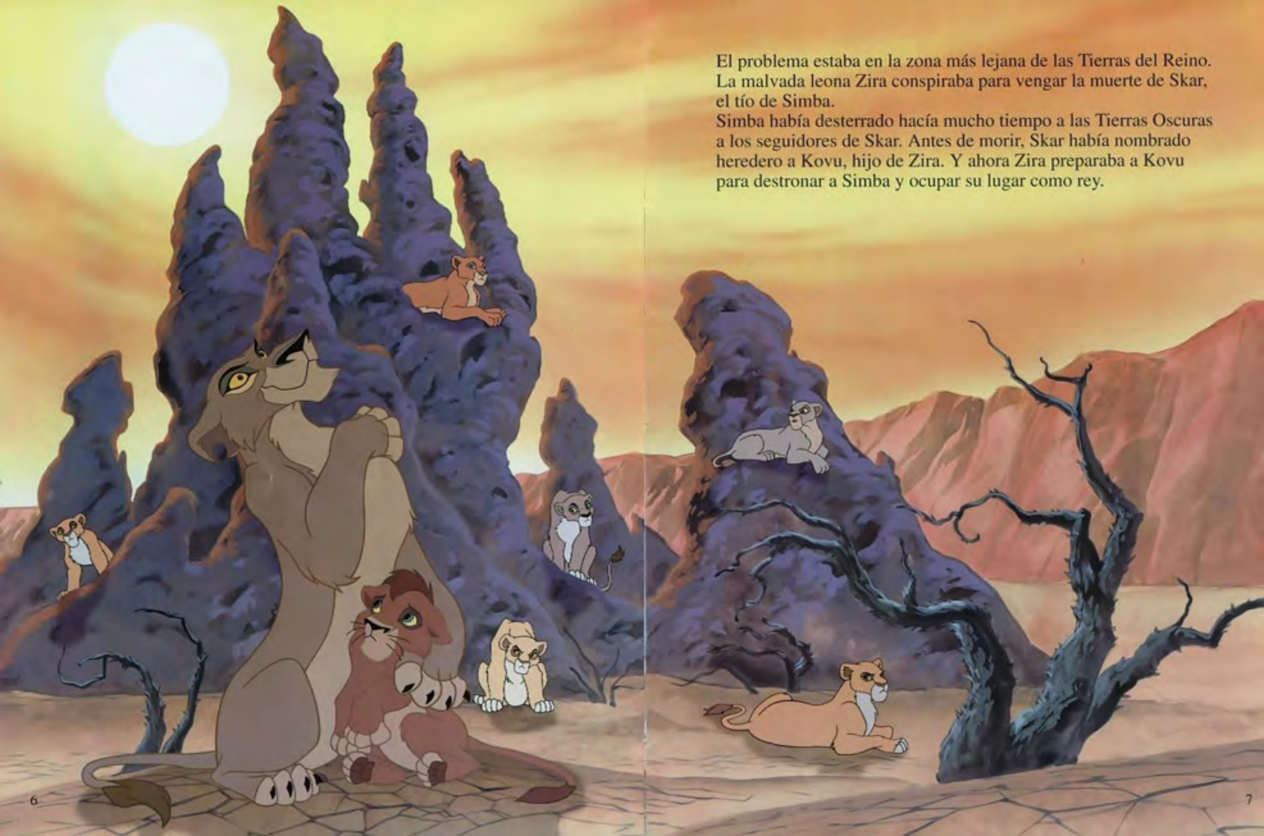
Ediciones Gaviota

El viento se arremolinaba majestuosamente alrededor de la Roca del Rey mientras Simba y Nala se acariciaban con el hocico. El babuino Rafiki presentaba el nuevo cachorro a los habitantes de las Tierras del Reino.
—Mira el pequeñín —dijo Timón—. De tal palo tal astilla.
—¡Es una hembra! —anunció Rafiki en ese mismo momento.
Simba y Nala sonrieron orgullosos.
—¡¿UNA HEMBRA?! —exclamaron Timón y Pumba—. ¡Oh!





Más tarde, Rafiki estaba en su árbol pintando alegremente un retrato de Kiara, la hija recién nacida de Nala y Simba.
—Oh, Mufasa —dijo Rafiki al espíritu del padre de Simba—. ¡Se ha completado otro ciclo de la vida!
Pero como respuesta, Mufasa levantó un fuerte viento. Era un aviso de que habría problemas.



El problema estaba en la zona más lejana de las Tierras del Reino. La malvada leona Zira conspiraba para vengar la muerte de Skar, el tío de Simba.

Simba había desterrado hacía mucho tiempo a las Tierras Oscuras a los seguidores de Skar. Antes de morir, Skar había nombrado heredero a Kovu, hijo de Zira. Y ahora Zira preparaba a Kovu para destronar a Simba y ocupar su lugar como rey.



Los hermanos de Kovu, Nuka y Vitani, regresaban de un viaje secreto a las Tierras del Reino.

—¡El cachorro de Simba es una hembra! —dijo Vitani.

—Sólo los machos pueden ser reyes —gruñó Zira.

—Sí —dijo Nuka—. Tal vez yo consiga serlo.

—¡No seas tonto, Nuka! —exclamó Zira.

Según Zira, Kovu sería el rey, y Nuka y Vitani le protegerían.



Unos meses después, Kiara brincaba y bailaba en la Roca del Rey dispuesta para ir a jugar.

—No lo olvides —dijo Simba a su cachorro—. No desaparezcas de la vista de la Roca del Rey en ningún momento y mantente alejada de las Tierras Oscuras.

Kiara prometió tener cuidado y echó a correr. Simba se volvió hacia Timón y Pumba y les pidió que la siguieran y cuidaran de ella.



Kiara no esperaba tener dos niñeros pisándole los talones, y cuando los encontró por casualidad, se sorprendió y se enfadó un poco.
Luego, Timón y Pumba se pusieron a discutir sobre su comida, y Kiara aprovechó la ocasión para escapar de sus cuidadores sin que se dieran cuenta.



Disfrutando de su libertad, Kiara bajó correteando alegremente por una pendiente muy inclinada hacia un río cenagoso. ¡Allí se encontró cara a cara con un cachorro desconocido de las Tierras Oscuras!

Para huir del desconocido, Kiara saltó sobre unas piedras de la ciénaga. De repente, una de las piedras se movió. ¡Kiara descubrió que estaba encima de un cocodrilo! El otro cachorro saltaba por el lomo de los cocodrilos tratando de llegar a la orilla, mientras las mandíbulas de los cocodrilos se cerraban a su alrededor.





Cuando llegaron a la orilla sanos y salvos,
Kiara empezó a hablar con el otro cachorro.
—Me llamo Kiara —dijo—. ¡Eres muy valiente!
—Yo me llamo Kovu —respondió el otro cachorro titubeando—.
Tú también has sido muy valiente.
Ninguno de los dos sabía que Zira estaba espiándoles.
Kiara corrió hacia Kovu y le tocó.
—¡A que no me coges! —gritó alegremente.
Kovu estaba sorprendido.

—¿Qué pasa? —preguntó Kiara—. ¿No sabes jugar?
Intentó otro juego. Riendo y gruñendo, se agachó dispuesta a saltar. Por fin Kovu comprendió. Se agachó sonriendo también y empezaron a dar vueltas en círculos, gruñéndose en broma.





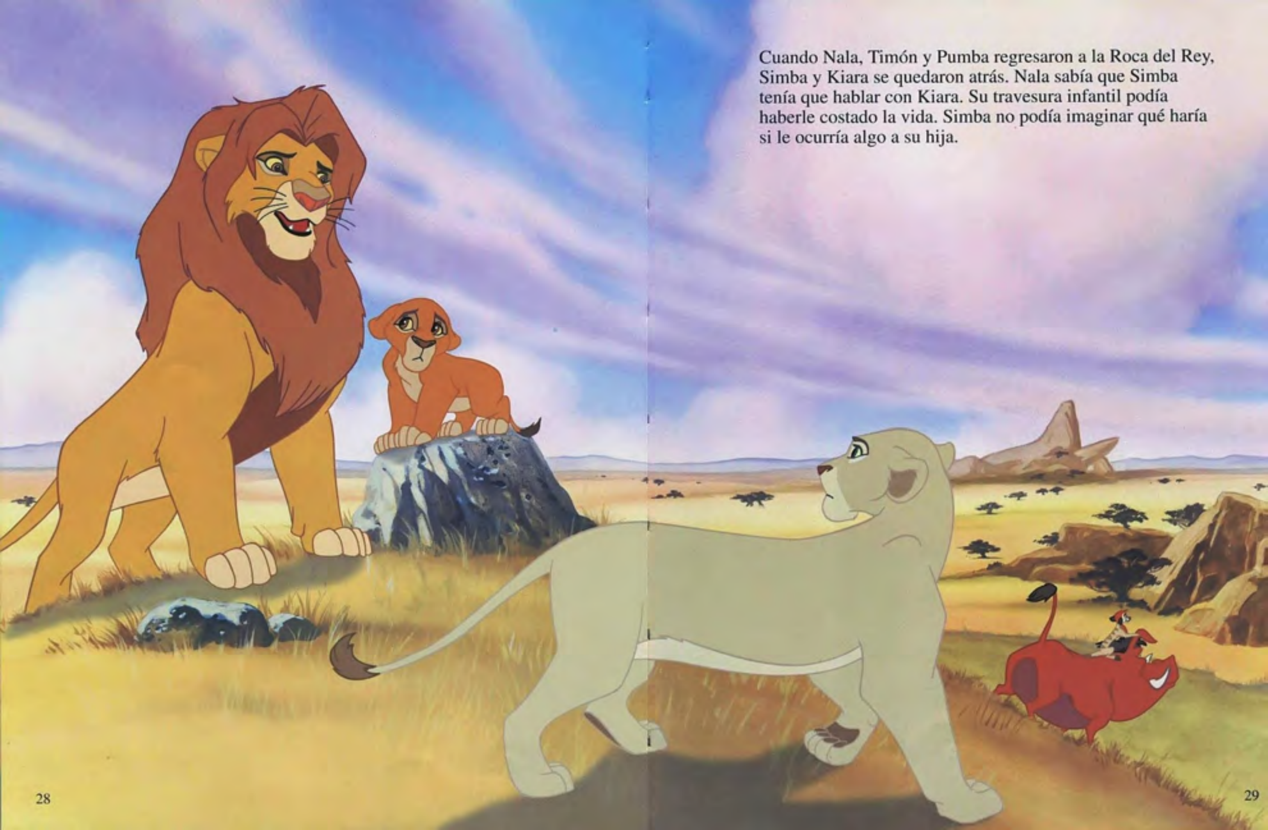
¡En ese momento apareció Simba!
Había estado buscando a Kiara
por todas partes en las Tierras del Reino.
Cuando vio a Kovu con ella, se lanzó
contra él para proteger a su hija.
Pero al mismo tiempo Zira salió
de su escondite y se enfrentó a él.
—Simba —siseó con maldad.



Zira estaba a punto de atacar
a Simba cuando oyó un rugido
tras ella. Era Nala. Y con ella
estaban Timón y Pumba.
Si Zira atacaba, estaría en clara
desventaja.
En vez de pelear, Zira presentó
tímidamente a Kovu
como el elegido por Skar para ser
el heredero y el siguiente jefe
de las Tierras del Reino.
Simba captó la amenaza.



—Coge a tu cachorro y vete —dijo Simba—. Esto se acabó.
—Oh, no —contestó Zira maliciosamente—. Acaba de empezar.
Luego recogió a Kovu y emprendió el camino hacia las Tierras Oscuras. Simba cogió a Kiara y se dirigió a las Tierras del Reino.
Los dos cachorros se dijeron adiós en silencio.
Sólo querían jugar juntos.



Cuando Nala, Timón y Pumba regresaron a la Roca del Rey, Simba y Kiara se quedaron atrás. Nala sabía que Simba tenía que hablar con Kiara. Su travesura infantil podía haberle costado la vida. Simba no podía imaginar qué haría si le ocurría algo a su hija.



—Kiara —dijo Simba cuando se quedaron solos—, tienes que tener cuidado. Un día serás reina.

—¿Y si no quiero ser reina? —protestó—. No es divertido.

—Eso es como decir que no quieres ser león —contestó Simba—. Lo llevas en la sangre.



Kiara miró un pájaro que revoloteaba hacia ella. Envidió al animal. Podía volar libremente, ir a cualquier parte que le apeteciera. Ella nunca podría ser como aquel pájaro. ¡Era parte de los planes de su padre!
Algún día, se prometió a sí misma, llegaría su oportunidad de volar en libertad.

En las Tierras Oscuras, Vitani se afilaba los dientes en una raíz seca. Le sorprendió ver a Nuka acercarse a ella.
—¿Dónde está Kovu? —le preguntó.
—Oye, que cada cual se ocupe de sí mismo —contestó Nuka.
—Zira se enfadará muchísimo —dijo Vitani—.
Te dijo que le cuidaras.

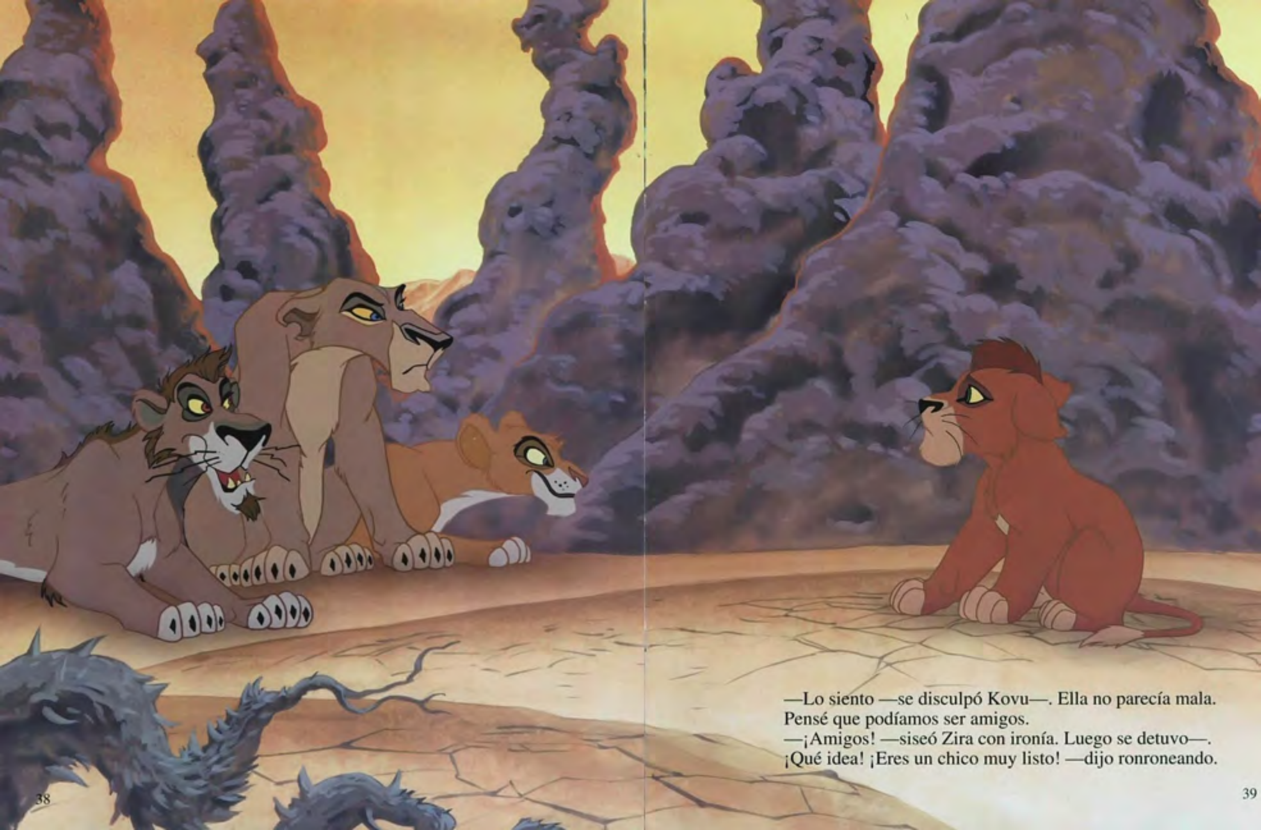


Poco después, Zira regresó con Kovu. Nuka y Vitani corrieron a saludarles, pero Zira arremetió contra Nuka.

—No ha sido culpa suya —la interrumpió Kovu—. Me fui solo.

—¿Qué estabas haciendo? —gritó Zira, furiosa—. ¿Qué te he dicho sobre los habitantes de las Tierras del Reino?





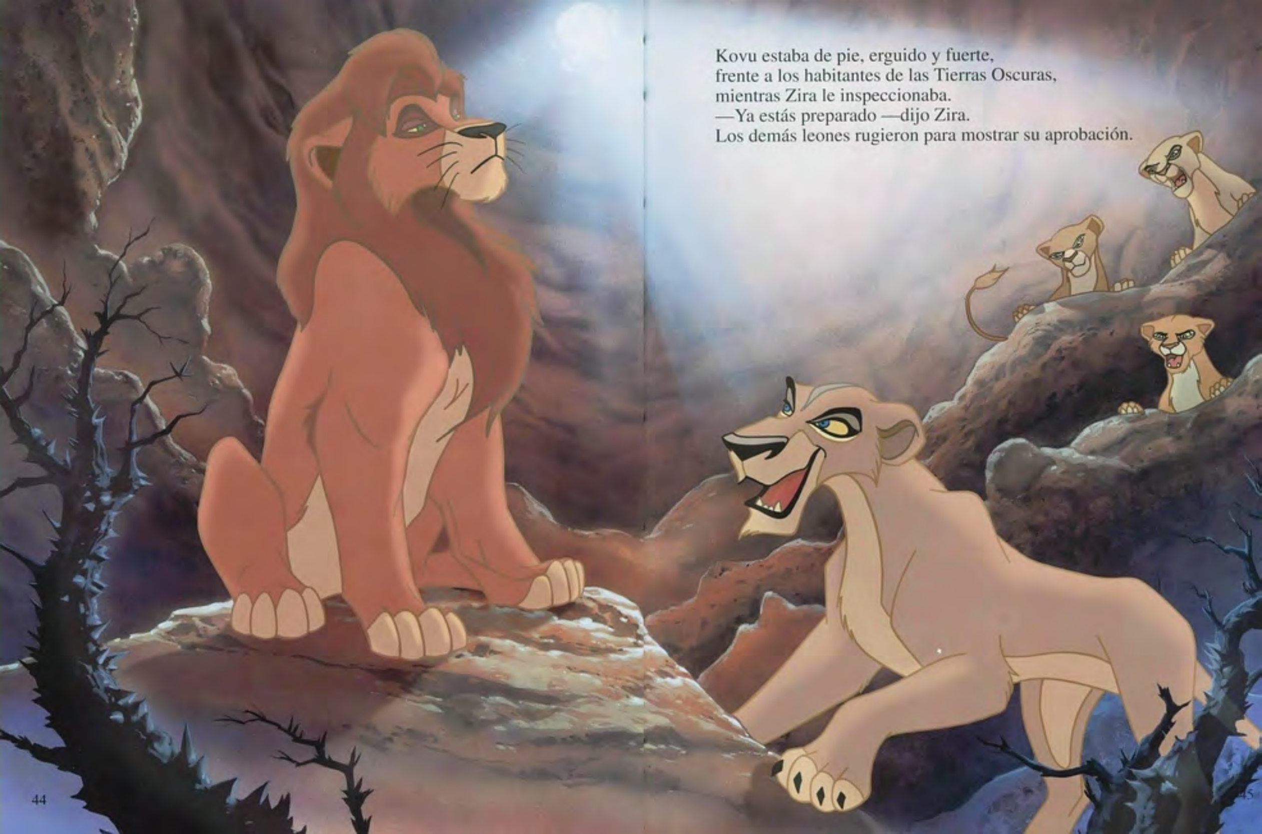
—Lo siento —se disculpó Kovu—. Ella no parecía mala. Pensé que podíamos ser amigos.
—¡Amigos! —siseó Zira con ironía. Luego se detuvo—. ¡Qué idea! ¡Eres un chico muy listo! —dijo ronroneando.



Zira llevó a Kovu a la cama mientras los habitantes de las Tierras Oscuras la observaban. Decidió preparar a Kovu para que se hiciera amigo de Kiara. Cuando lo fuera, Kovu podría librarse de Simba y tomar el mando de las Tierras del Reino definitivamente.



Kiara y Kovu se hicieron adultos.
Rafiki pintaba en su árbol un dibujo
de Kovu y Kiara. Le preocupaba
la tensión entre los habitantes
de las Tierras Oscuras
y los de las Tierras del Reino.
—¿Kiara y Kovu juntos? ¿Ése es el plan?
—preguntó Rafiki. Había oído
en el viento la voz de Mufasa.



Kovu estaba de pie, erguido y fuerte,
frente a los habitantes de las Tierras Oscuras,
mientras Zira le inspeccionaba.
—Ya estás preparado —dijo Zira.
Los demás leones rugieron para mostrar su aprobación.

Entretanto, en la Roca del Rey, Timón y Pumba lloraban de emoción. Era la primera cacería en solitario de Kiara.

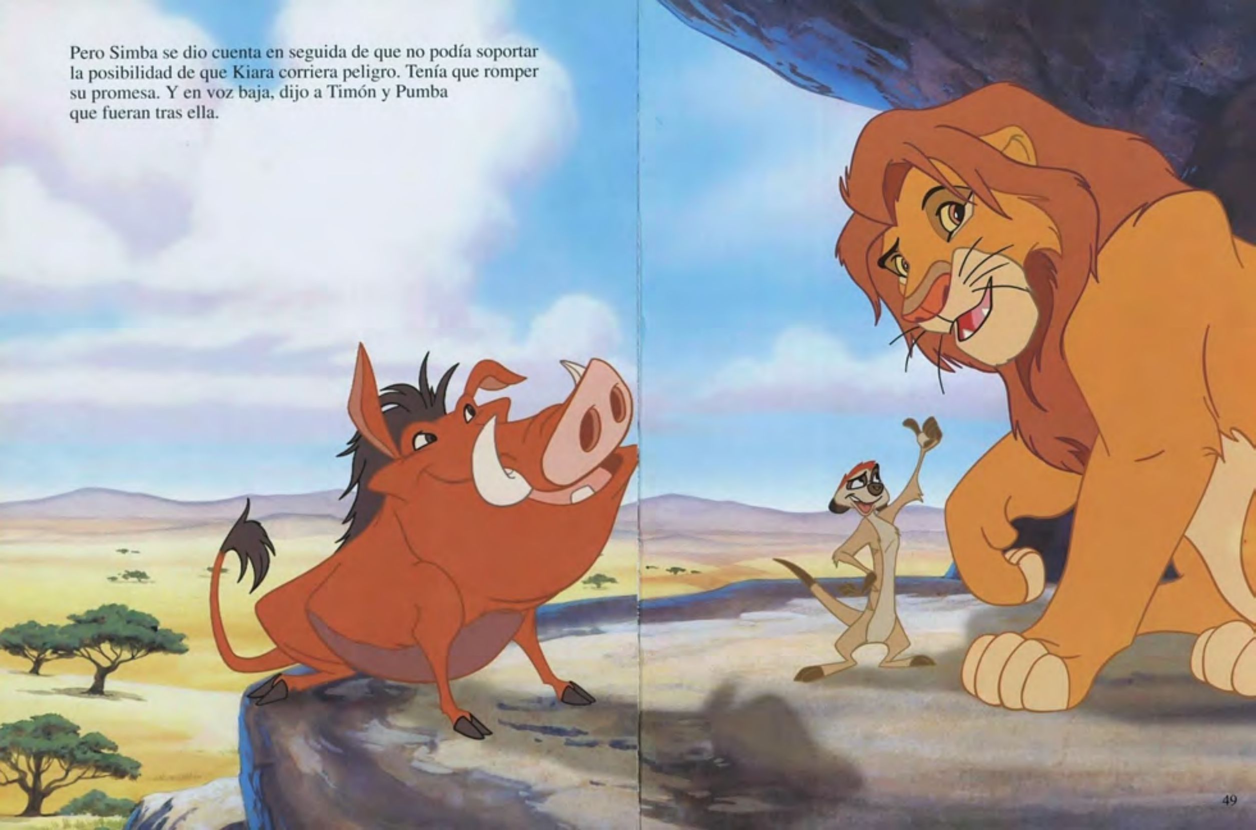
—Papá —dijo Kiara antes de emprender el camino hacia la llanura—, prométeme que me dejarás hacer esto a mí sola.

Simba, que estaba al lado de Nala, sonrió débilmente.

—De acuerdo —dijo—. Te lo prometo.



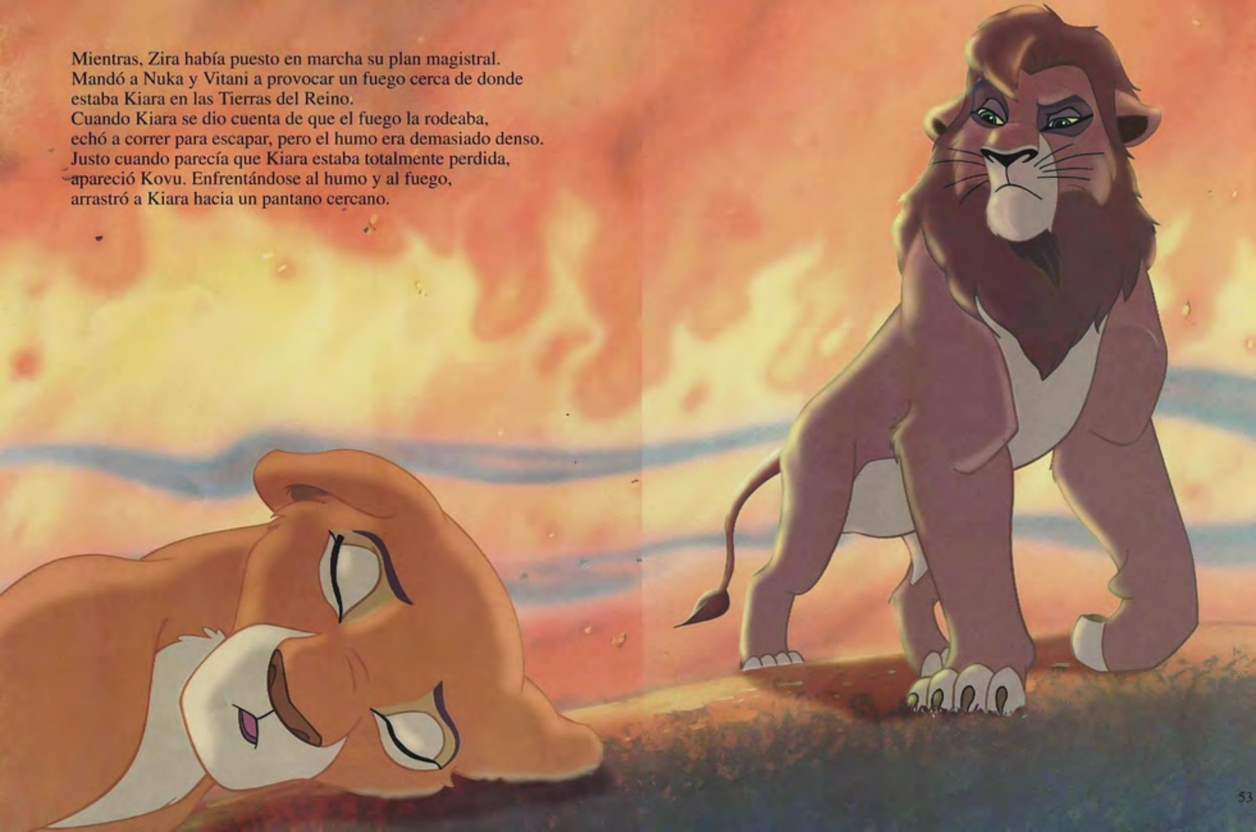
Pero Simba se dio cuenta en seguida de que no podía soportar la posibilidad de que Kiara corriera peligro. Tenía que romper su promesa. Y en voz baja, dijo a Timón y Pumba que fueran tras ella.





Timón y Pumba se tomaron la misión muy en serio: tenían
que proteger a Kiara sin que ella se diera cuenta de que estaban
cerca. Se agazaparon detrás de las rocas, se escondieron detrás
de los árboles y se arrastraron entre las hierbas altas.
Así se encontraron frente a frente con… ¡Kiara!
Ella se sintió traicionada. ¡Simba le había prometido
que la dejaría cazar sola! Entonces echó a correr a toda velocidad.

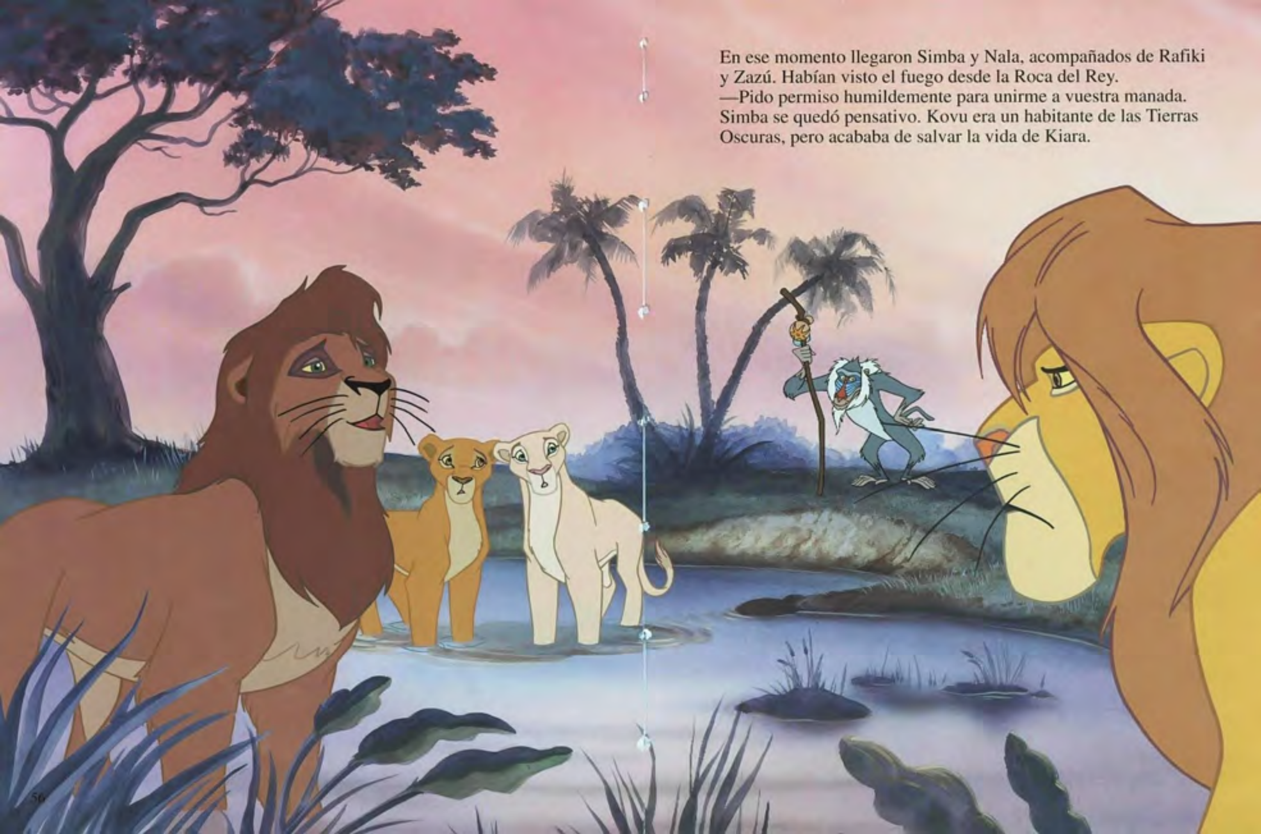
Mientras, Zira había puesto en marcha su plan magistral. Mandó a Nuka y Vitani a provocar un fuego cerca de donde estaba Kiara en las Tierras del Reino.
Cuando Kiara se dio cuenta de que el fuego la rodeaba, echó a correr para escapar, pero el humo era demasiado denso. Justo cuando parecía que Kiara estaba totalmente perdida, apareció Kovu. Enfrentándose al humo y al fuego, arrastró a Kiara hacia un pantano cercano.



Cuando Kiara recobró el conocimiento, estaba furiosa.
—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó al león desconocido que la había salvado—. ¿Quién te crees que eres?
Mientras hablaba, Kiara se puso de pie, pero Kovu se lanzó al agua bloqueándole el paso. Kiara se quedó pensativa. Algo en aquel león le resultaba familiar.
—¿Kovu? —preguntó, reconociendo a su salvador.



En ese momento llegaron Simba y Nala, acompañados de Rafiki y Zazú. Habían visto el fuego desde la Roca del Rey.
—Pido permiso humildemente para unirme a vuestra manada.
Simba se quedó pensativo. Kovu era un habitante de las Tierras Oscuras, pero acababa de salvar la vida de Kiara.



—Majestad —dijo Zazú—. Estamos en deuda con Kovu.
El protocolo real ordena pagar todas las deudas, aunque,
en este caso —añadió—, tal vez quieras hacer una excepción.
Simba suspiró.
—Muy bien —dijo—. Me reservo mi opinión por ahora.





Simba consintió a regañadientes que Kovu regresara a la Roca del Rey con su familia. Aún no confiaba en el joven león. Aquella noche, Simba dejó a Kovu fuera de su cueva, apartado del resto de la manada.



Al ver a Kovu solo en la Roca del Rey, fuera de la cueva, Kiara salió a darle las gracias por haberle salvado la vida.

—¿Qué clase de cazadora eres? —le preguntó Kovu—. No resistirías sola ni tres días.

—¿Oh, y seguro que tú podrías enseñarme? —le retó Kiara—.

De acuerdo. Dejaré que me impresiones. Nos encontraremos aquí al amanecer.

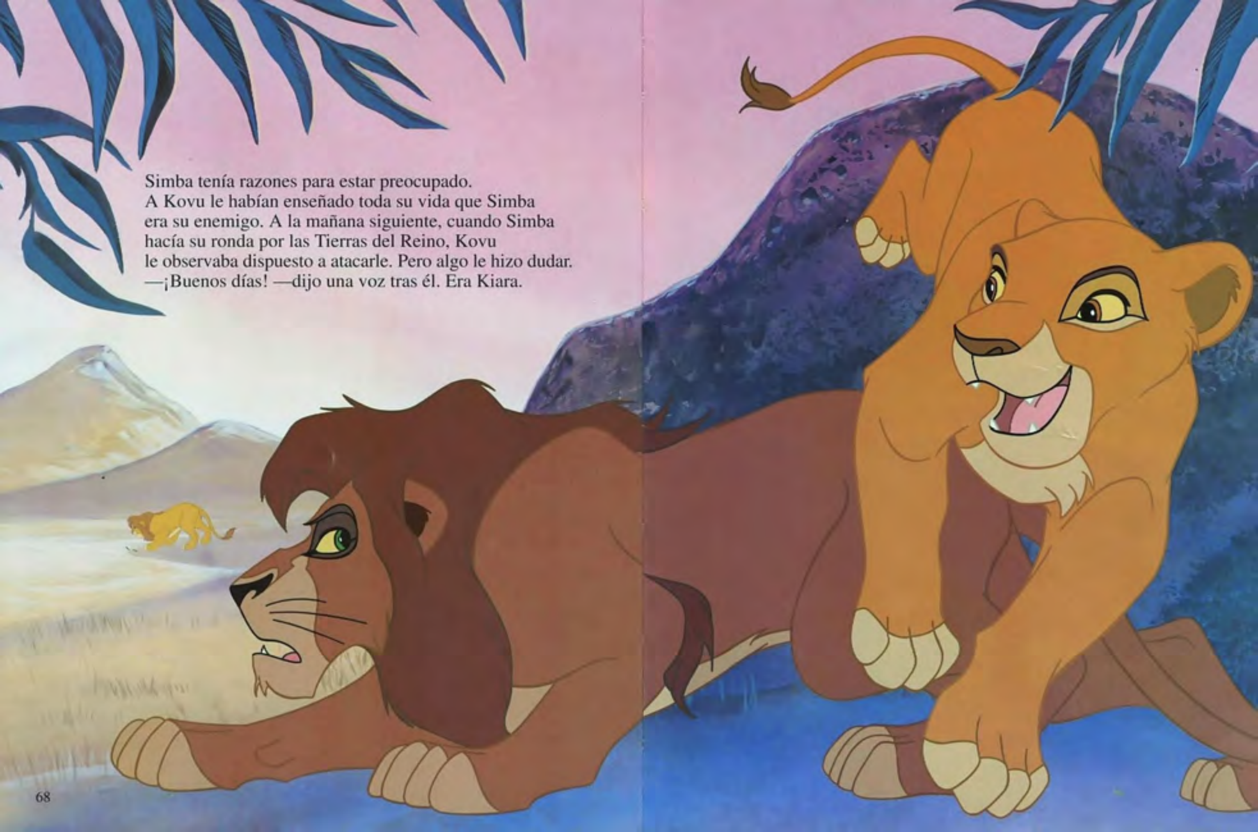


Cerca de la Roca del Rey, Nuka y Zira esperaban sentados en la rama de un árbol, observando los movimientos de Kovu.
Cuando Kiara salió de la cueva para hablar con Kovu, Zira se levantó. Quería ver cómo Kovu se libraba de Kiara y de su padre de una vez por todas. Pero Kovu se limitó a hablar con Kiara hasta que ella regresó a la cueva.

Aquella noche, Simba tuvo una horrible pesadilla.
Soñó con Skar traicionando a Mufasa, pero en su sueño, en vez de a Skar vio a Kovu.
Simba se despertó sobresaltado, y volvió a preguntarse si debía confiar en el joven león que dormía fuera de su cueva.



Simba tenía razones para estar preocupado. A Kovu le habían enseñado toda su vida que Simba era su enemigo. A la mañana siguiente, cuando Simba hacía su ronda por las Tierras del Reino, Kovu le observaba dispuesto a atacarle. Pero algo le hizo dudar.
—¡Buenos días! —dijo una voz tras él. Era Kiara.





Los dos leones se fueron juntos a la llanura. Kovu había prometido a Kiara enseñarle a acechar. Pero cuando Kiara intentó abalanzarse sobre él, Kovu la esquivó y ella cayó al suelo.

—¿Me oíste cuando me acerqué a ti sigilosamente? —preguntó Kiara.

—Con toda claridad —contestó Kovu, suspirando profundamente.



Mientras Kovu y Kiara seguían caminando por las Tierras del Reino, encontraron a Timón y Pumba. Timón les explicó que estaban buscando bichos, pero que había demasiados pájaros por todas partes.
—Os ayudaremos —dijo Kiara. Kovu y ella echaron a correr colina abajo, rugiendo. ¡Todos los pájaros huyeron!
Y uno de ellos se llevó de paseo a Timón.



Kovu siguió a Kiara a través de la llanura,
persiguiendo a los pájaros y riendo a carcajadas.
¡Era muy divertido!
De repente, los amigos se detuvieron bruscamente.
Habían dado con una manada de rinocerontes.
¡Se dieron la vuelta rápidamente y corrieron
en dirección contraria para huir de la estampida!
—¡Aaah! —gritaba Pumba.



Por fin los amigos consiguieron
refugiarse en una pequeña cueva.
Kovu y Kiara se echaron a reír, aliviados,
ante la mirada de Timón y Pumba.
—Eres estupendo, chico —dijo Timón a Kovu.
Kovu sonrió. Mientras se agazapaba para salir
de la cueva, se dio cuenta de lo cerca que estaba
de Kiara y de lo mucho que le gustaba estar
con ella.

Esa noche, Kovu y Kiara estaban tumbados boca arriba, contemplando el inmenso cielo que había sobre ellos.

—Mi padre y yo hacemos esto muy a menudo —dijo Kiara—. Él dice que todos los grandes reyes del pasado están ahí arriba.

A Kovu le habían dicho que los habitantes de las Tierras del Reino eran sus enemigos. Ahora empezaba a dudar de todo lo que Zira le había enseñado.



En una colina cercana, Simba también tenía sus dudas.
—Padre —dijo mirando las estrellas—. Estoy perdido. Kovu es el heredero de Skar. ¿Cómo puedo confiar en él?
Pero Simba aquella noche no oyó ninguna respuesta de su padre.
Nala se acercó. Le animó a conocer mejor a Kovu. Tal vez Kovu decidiera seguir un camino diferente del que Zira y Skar habían escogido para él.





Mientras, Rafiki hacía lo posible por ayudar a Kovu a tomar la decisión de quedarse en las Tierras del Reino.

—Seguidme —dijo Rafiki a Kiara y Kovu—. Vamos a un lugar especial que está en vuestro corazón. Se llama Upendi.

Rafiki sonrió muy contento.

¡Kiara y Kovu se habían enamorado!



Cuando Kovu regresó a la Roca del Rey con Kiara, Simba le invitó a reunirse con el resto de la manada dentro de la cueva. Kovu aceptó agradecido el ofrecimiento. Desde una distancia prudente, Vitani observaba a Kovu. Luego regresó corriendo a las Tierras Oscuras para informar a Zira.

—¡No! —contestó Zira furiosa—. ¡Kovu no puede traicionarnos!
—Tienes razón —dijo Nuka con una sonrisa maliciosa—. Tendremos que obligar a Kovu a actuar. Tengo un plan.

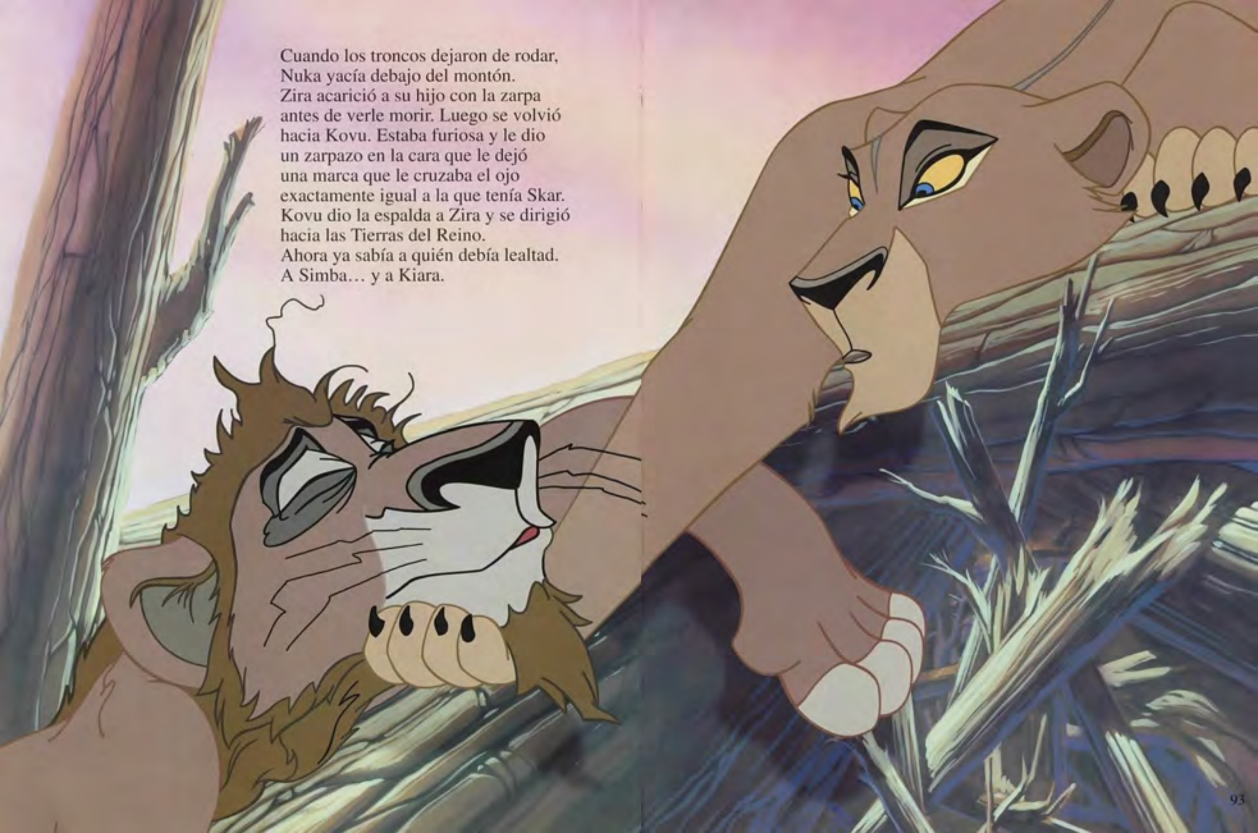




A la mañana siguiente, Simba y Kovu salieron a dar un paseo. Simba le contó que Skar no había podido desterrar el odio que llevaba en su interior y que ese odio había acabado destruyéndole. Aunque se sentía decepcionado por Skar, Kovu sabía que Simba tenía razón.
En ese momento, Simba oyó un ruido. Se volvió y vio a Zira frente a él con un grupo de leones de las Tierras Oscuras. ¡Era una emboscada!



Simba creyó que Kovu había participado
en la preparación de la emboscada y trató
de escapar de sus atacantes.
Saltó rápidamente a un barranco. Después,
sin tener por donde salir, trepó a un montón
de troncos. Los troncos estaban apilados
unos sobre otros. Un solo paso en falso
les habría hecho caer.
Nuka fue el único león de las Tierras Oscuras
lo bastante insensato como para seguirle.
Al subir a los troncos, hizo que se tambalearan
y Simba tuvo que saltar rápidamente
para salvarse.



Cuando los troncos dejaron de rodar, Nuka yacía debajo del montón. Zira acarició a su hijo con la zarpa antes de verle morir. Luego se volvió hacia Kovu. Estaba furiosa y le dio un zarpazo en la cara que le dejó una marca que le cruzaba el ojo exactamente igual a la que tenía Skar. Kovu dio la espalda a Zira y se dirigió hacia las Tierras del Reino. Ahora ya sabía a quién debía lealtad. A Simba… y a Kiara.

Pero cuando Kovu llegó a la Roca del Rey, encontró el desprecio de todos los animales. Los habitantes de las Tierras del Reino creían que Kovu había llevado a Simba a propósito a la emboscada de los habitantes de las Tierras Oscuras.
Desde lo alto de la Roca del Rey, Simba anunció el destino de Kovu: el exilio de las Tierras del Reino para siempre.
Kiara trató de defender a Kovu, pero Simba se mantuvo firme en su decisión.





Cuando se quedó sola en la cueva de la Roca del Rey, Kiara decidió seguir a Kovu al exilio. Salió de la cueva sigilosamente y cruzó las Tierras del Reino hacia las zonas que estaban fuera de los límites del reino de su padre.

Cuando por fin le encontró, Kovu se puso muy contento de verla y de saber que alguien le creía.
Fueron juntos a beber agua a un estanque.
—Mira —dijo Kovu, señalando el reflejo que compartían en el agua—. Somos uno.
Fue en ese momento cuando Kiara comprendió que debían volver a las Tierras del Reino y conseguir que las dos manadas hicieran las paces.





Mientras Kiara y Kovu se dirigían hacia las Tierras del Reino, Zazú corría al encuentro de Simba. Había visto a los habitantes de las Tierras Oscuras preparándose para atacar a los de las Tierras del Reino. Simba ordenó a su manada que se preparara rápidamente para la batalla.



Mientras las nubes oscurecían los cielos
de las llanuras, las dos manadas
se acercaron al campo de batalla.
Luego empezó la lucha.

Kiara y Kovu seguían avanzando a pesar de la torrencial lluvia
y de los truenos. Cuando llegaron al campo de batalla,
Kiara se puso en medio para hablar con Simba.
—¡Papá, esto tiene que parar! —suplicó Kiara. Luego repitió
las palabras que Simba le había enseñado hacía mucho tiempo—:
«Un sabio rey me dijo un día: "Somos uno"».
Simba apenas dudó un instante antes de proclamar la paz.



Pero a Zira no le interesaba hacer las paces. Lo único que quería era venganza. Ordenó a los habitantes de las Tierras Oscuras que atacaran.

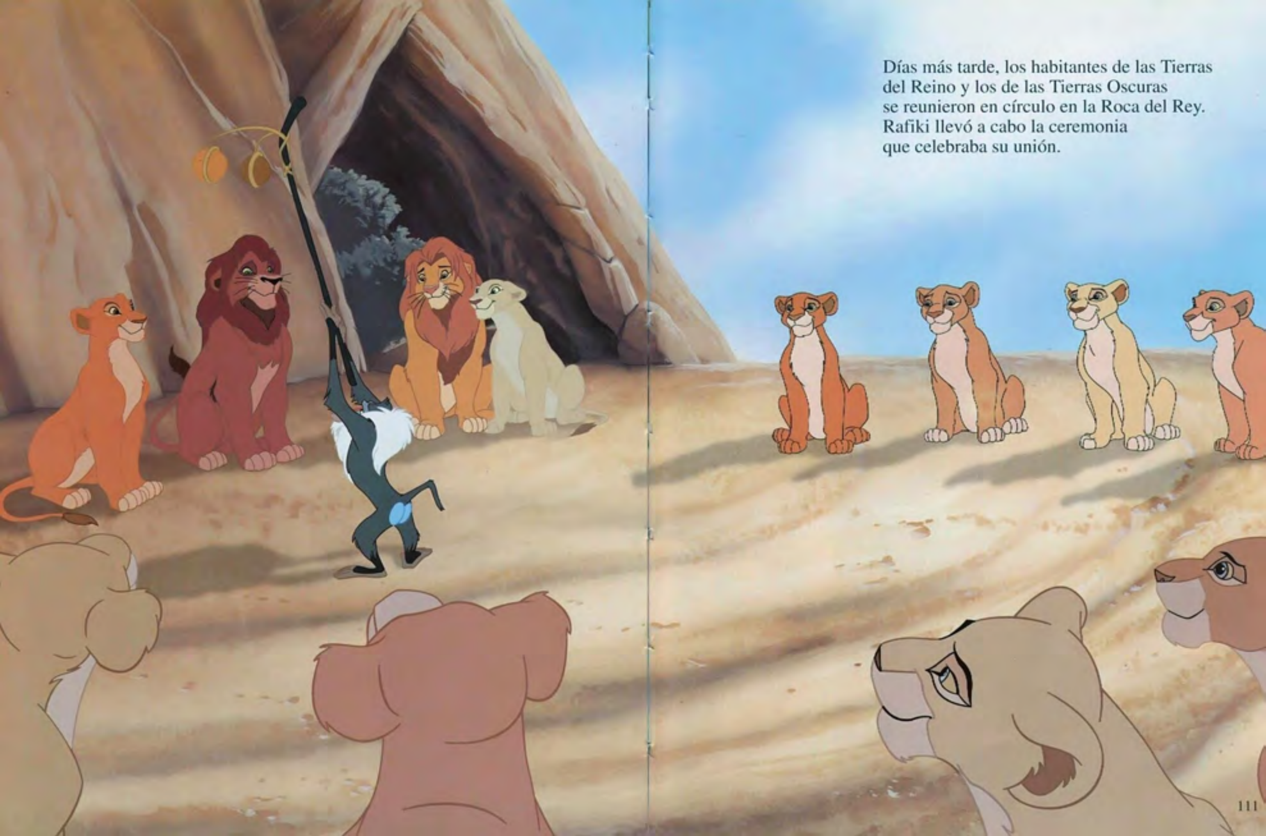
Pero ellos, uno tras otro, con Vitani al frente, se pusieron del lado de los habitantes de las Tierras del Reino.

—Olvídalo, Zira —le dijo Simba—. Ya es hora de que dejemos atrás el pasado.



Zira, furiosa, se abalanzó sobre Simba. Pero Kiara dio un salto para impedirle el ataque. Las dos leonas rodaron hacia el borde de un profundo acantilado.
Kiara trató de ayudar a Zira asomándose al borde del precipicio. Pero Zira la hacía retroceder dándole zarpazos.
Momentos después, se rompió una presa de troncos y una inmensa pared de agua llenó la garganta. Kiara consiguió ponerse a salvo, pero Zira cayó y se perdió para siempre.





Días más tarde, los habitantes de las Tierras del Reino y los de las Tierras Oscuras se reunieron en círculo en la Roca del Rey. Rafiki llevó a cabo la ceremonia que celebraba su unión.

Cuando el Rey León y la Reina se pusieron de pie muy orgullosos, junto a su hija y Kovu en la Roca del Rey, Simba oyó una voz en el viento. Era Mufasa.

—Bien hecho, hijo mío —dijo la voz—. Somos uno.

1999 EDICIONES GAVIOTA, S. L.
Manuel Tovar, 8
28034 MADRID (España)

ISBN: 84-392-0028-5
Depósito legal: LE. 235-1999
Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. L.



Los Clásicos Disney

Todos los títulos de esta magnífica colección, **Los Clásicos Disney,** ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

Títulos de la colección

La Bella y la Bestia, una Navidad encantada
Mulán • Hércules • Pocahontas
El jorobado de Notre Dame • Goofy e hijo
El regreso de Yafar • El Rey León
La Sirenita • La Dama y el Vagabundo
Aladdín • Bambi • 101 Dálmatas • Dumbo
La Bella durmiente • La Cenicienta
Los Aristogatos • Los Rescatadores
Oliver y su pandilla • Peter Pan
La Bella y la Bestia • El libro de la selva
Blancanieves • Robin Hood
Alicia en el País de las Maravillas
Tod y Toby • Tarón y el caldero mágico
Basil, el ratón superdetective
Merlín el Encantador • Pinocho
Los Rescatadores en Cangurolandia
El Rey León: El tesoro de Simba

EDICIONES Gaviota

ISBN 84-392-0028-5
9 788439 200284